

DISCURSO DE BIENVENIDA A LOS CARTAGENEROS AUSENTES
Ayuntamiento de Cartagena, Jueves 1 de abril de 2010.

**Cartagena de Levante,
Puerto de mar venturoso,
Descanso de los navíos
Y de los hombres reposo.**

Ilustrísima Sra. Alcaldesa.
Excelentísima Concejala de Cultura
Sr. Presidente y Junta Directiva de la Asociación de los Amigos de San Juan
Cartageneros y cartageneras presentes
Cartageneros ausentes
Señoras y señores
Queridos amigos

Como ese navío, algo ya cansado, como ese hombre en busca de reposo, un cartagenero ausente viene hoy a daros la bienvenida y así, me permito hacer un trueque al lema fiel de nuestra ciudad, "**Cartagena, ciudad acogedora**" y por unos minutos os acoge el que está fuera. En este bellissimo marco de nuestro Ayuntamiento, no puedo hoy sino sentir un orgullo tremendo y una emoción serena y reconfortante: Cartagena engalanada, estallando con la barroca fiereza de la primavera en su **Semana Santa**, de su aire cargado de lirios y de mar, me ha permitido esta ventura, esta hermosa oportunidad de reencontrarme con sus gentes, y con sus calles y rincones. Gracias Jeannine por este ofrecimiento. Gracias a todos por estar aquí. Y a todos los que nos visitan, bienvenidos.

¡Qué bella es Cartagena! ¡Y **qué bonita** está! Creo que no hay un día mejor para medir la grandeza de Cartagena que este **Jueves Santo**, un día en el que la Semana Santa llega a su cenit, y en sus calles y sus gentes se puede ver a las claras lo que somos y cómo sentimos y nos expresamos los cartageneros: esa mezcla increíble de religiosidad castrense, hecha de fuerza y poesía. Los cartageneros que vivimos fuera, conocemos muy bien estos sentimientos y si de algo nos hemos ganado el derecho es el de **la añoranza y la nostalgia** de nuestra ciudad. Las vivimos todos los días. Y os aseguro que sus recuerdos nos acompañan constantemente, de tal manera que llevamos con orgullo natural nuestra seña de identidad: lo sabemos muy bien, Cartagena es una mezcla de todas las culturas, y hemos forjado nuestro carácter a base de resistir y asimilar. Nosotros sabemos que somos realmente un "**hecho diferencial**", y que la estructura política de los pueblos es una cosa que siempre puede cambiar, pero que la verdadera patria es tu ciudad y tu infancia. De estas **cosicas** quiero hablaros. Y antes que nada quiero dar las gracias

también a **nuestros mayores**, a los actuales y a los que nos precedieron, porque ellos nos han enseñado a conocerla y amarla. Y a vosotros disculpas porque seguramente mi discurso es más un fogonazo y una serie de imágenes salidas del corazón y de las entrañas que un texto perfecto y bien pensado. Así es y siente este cartagenero.

Pero, ¿cómo aprende uno a ser cartagenero? Desde luego, con el tiempo, pero desde la misma cuna. Yo nací en la **calle Sagasta**, antigua calle de **Jabonerías**, y mi familia era de la **calle del Carmen** y de **la Serreta**. O sea que, muy pronto supe que los de aquí éramos algo especial y único, que arrastrábamos más de dos mil años de historia y que los cartageneros amamos nuestra ciudad por encima de todo. Recuerdo que cuando era pequeño hicimos un viaje a Madrid en coche, y cuando llegamos mi padre buscó un garaje para dejarlo guardado los días que íbamos a permanecer allí. Cuando el encargado del garaje nos tomaba nota de la matrícula (en aquel entonces las matrículas empezaban por el distintivo provincial, que en nuestro caso era la "MU"), nos dijo: **"Ah, son ustedes de Murcia"**. A lo que mi padre respondió serenamente: **"No, somos de Cartagena"**. Esto no debió gustarle mucho al encargado que soltó la libreta y exclamó: **"¡Vaya, todavía estoy por encontrar a alguien de Cartagena que diga que es de Murcia"**. Y mi padre, con toda naturalidad y sencillez concluyó: **"Es que no se lo va a encontrar nunca..."**

También en el colegio aprendíamos rápido eso de ser cartagenero. Recuerdo la primera clase del colegio de los **Hermanos Maristas**, en la **Plaza San Agustín**. El aula estaba dividida en dos bandos representados por dos cuadros a ambos lados del encerado: en uno ponía **"Campo Cartaginés"** y en el otro **"Campo Romano"**. También teníamos una bandera de España que, según cómo nos portáramos cada parte de la clase, se iba anclando en una argolla que cada Campo tenía. Cuando el "Campo Romano" se portaba mal, la bandera pasaba a "Campo Cartaginés" y viceversa. El caso es que todos los alumnos a lo largo del año terminamos por estar en ambos "Campos" y aprendimos que lo más importante no era ser romano o cartaginés, sino cartagenero, que al fin y al cabo es lo que somos por la mezcla y suma de los dos. Muchas veces en mi infancia, me imaginé que bien podría Cartagena tener unas fiestas donde se recordase la historia de nuestra ciudad evocando su nacimiento y el paso de la romanización: Pues es una de las muchas cosas que se han hecho realidad, y es una alegría y también una satisfacción tener estas fiestas de los **Cartagineses y Romanos** que tanto nos revalorizan y reafirman. Y ahora, que por fin hemos rescatado esa joya que es el **Teatro Romano**, creo que Cartagena vuelve a lucir esplendor del pasado que es grandeza del presente, tal y como siempre hemos mantenido y demandado. Para que todo el mundo lo vea y lo sepa:

Cartagena tiene cinco colinas (Kronos, Ephaistos, Arx Asdrubalis, Aletes y Esculapio), cuatro santos (San Isidoro, San Leandro, San Fulgencio y Santa Florentina), tres estaciones (invierno, verano y la del ferrocarril), dos faros y una patrona, la Virgen de la Caridad.

Pero estaba hablando de nostalgia, y de cosas que añoramos los cartageneros ausentes. Y lo que más añoramos es esa Cartagena entrañable, aquella de la que hablaba **Isidoro Valverde** y otra más de mi generación, pero que creo que todos los aquí presentes podréis reconocer. Se trata de sensaciones, sitios, olores, sabores, rincones y anécdotas que evoco, sobre todo cuando estoy lejos de aquí. Y es que, como dijo el gran poeta cartagenero **Hazim** del siglo XIII, hablando de su ciudad: **“Es un paraíso donde corren ríos de vino y miel, donde todos los placeres se dan cita...”**

Y hablando de placeres, una de las cosas que más pena me da es que los bares de la **calle Mayor** han desaparecido prácticamente todos. Y habría que hacer un libro cuando no una tesis doctoral sobre el recorrido sentimental de la calle Mayor a través de sus bares, al menos de los que yo conocí: primero el **Mastia**, de rancio abolengo, centro de encuentro y de negocios; luego, el **Bar Americano**, pequeño y oportunamente pegado al **Gran Bar**, señorial y elegante, con su barra redonda y sus reservados en el interior...; **El Casino**, egregio y artístico, el **Columbus**, con sus inolvidables veladores, y el **Taibilla**, con sus bocadillos antológicos. Aún puedo oler y sentir el ambiente de esos locales, y las muchas vivencias que atesoran. Y sobre todo el de la confitería **“La Royal”**, cuyo inconfundible aroma me sitúa irremediamente en los primeros recuerdos que tengo de la Semana Santa.

Después de la calle Mayor, el **Ayuntamiento** y las palabras de **Cervantes** inscritas en la pared (**“Con esto poco a poco llegué al puerto...”**) presagiaban la emoción del paseo del puerto, los **Héroes de Cavite** y **“los caballitos”**: patatas fritas y algodón de azúcar. Y siempre ese aire ligero y a veces traicionero, que cuando traía la niebla te dejaba helado:

- **¡ Qué frío ¡**
- **Es que hace borra.**
- **Y encima te has sentado en el correntín... Si te pones en todo el cuchillico del aire, pues ya sabes...**

Estas frases se oían y repetían todos los domingos de invierno. Este hablar cartagenero es pura poesía, ya lo sabemos. Yo me di cuenta de esto un día que oí cómo un padre recriminaba a una hija porque había dicho una inconveniencia:

- **¡ Qué bonita estás cuando estás callada!**

Porque años más tarde también un poeta chileno decía en sus famosos versos: **“Me gustas cuando callas porque estás como ausente”**... Pero no suena igual... Por cierto, de la cantidad de poetas que han existido y existen en Cartagena se ha preguntado el profesor Francisco Henares en su libro **“Cartagena cien años de poesía (1907-2007)”**, que qué tendrá esta ciudad que produce tantos y tan buenos poetas...

Pero si siguiéramos nuestro recorrido por los bares de Cartagena, habría que señalar algunos que merecerían estar en una Antología. Sin ir más lejos, la Bodega Amorós, más conocida por el simpático nombre de **“El panteón”** dada

su peculiar fisonomía una vez se entraba. Allí, conocí los vinos recios y las mezclas gloriosas de nuestra comarca: **una láguena, una paloma, un lápiz**... Otro sitio emblemático era "**La Uva Jumillana**", lugar de encuentro de los procesionistas de pro, y en cuyo letrero de manera precoz e inesperada se soltó a leer un día una prima mía. ¡Qué cosas!

Bares llenos de recuerdos, de gente inquieta que en mi juventud discutíamos y soñábamos con una Cartagena y un mundo mejor, como era la bodega de **Paco el Macho** en la **calle del Aire**, donde el dueño nos amonestaba severamente si cantábamos y ejecutaba sin paliativos el "reservado el derecho de admisión" si alguien no le cuadraba. Luego tocaba con brío la campaña si dejabas propina. Allí hacían unas patatas a la brava que jamás he vuelto a comer. Y la **Fuente**, en la **Plaza de San Francisco** con la **calle Caballero**. Un sitio realmente peculiar y añejo, el único que yo recuerdo en el que sólo se bebía. Allí se hablaba y se bebía, de pie y a palo seco. Como un hombre. Y qué me dicen del **Taurino**, con su pulpo extraordinario, y del **Nido** y su tapicas, y del **Bar Sol**, en la **Plaza San Ginés**, en cuyas mesas tras las cristaleras algunos de nosotros nos enamoramos y escribimos nuestros primeros versos. Y uno de los que más pena me dio ver desaparecer fue el **Bar San Miguel**. Un lugar realmente entrañable, donde he visto salir y recogerse muchas procesiones y del que recuerdo sus banquetas de colores y el gran espejo que lucía en la pared con el siguiente anuncio, ya apenas perceptible por el paso del tiempo: "**Anís infernal, el peor del mundo**". Eso era marketing, y no lo de ahora.

Hay tantos sitios que han desaparecido y que nos han dejado tanta huella. Como el campo de **Los Juncos**. Allí se jugaba al fútbol, era el campo del Naval, y había canchas de tenis y juegos infantiles. Pero lo mejor era el cine de verano. Un lugar de encuentro popular donde los hubiere. Y donde antes de comenzar el programa todo el mundo coreaba al unísono la canción de un anuncio del entonces famoso detergente local: los polvos Ta-ka-tak; "**espumoooooso**", "**maravilloooooo**". Luego los porteros, sacaban a la gente por filas si alborotaban más de la cuenta. Y qué decir de aquellas verbenas, amenizadas por los famosos grupos locales los **Brujos del Jazz** y los **Rumisant**, que luego fueron fijos en la no menos famosa discoteca **La Dama de Oro**. ¡Qué tiempos!

Cartagena ha ido creciendo y modificando inevitablemente su perfil, casi siempre para mejor. Pero la añoranza tiene los colores de otros tiempos, como la **calle Real**, con sus elegantes palmeras custodiando **el Arsenal**. Desde mi balcón he visto tantas veces el desfile de los soldados de marinería cuando venían de la **Algameca**. Entonces había soldados en Cartagena, y muchos, y tampoco extrañaba nada el verlos desfilar por las calles, cuando salían o volvían de hacer maniobras: las fotos de los marineros y soldados, solos o por compañías, y las de los barcos que fondeaban en la dársena de Cartagena, estaban expuestas en los escaparates de **Fotos Casaú** al final de la calle Mayor. ¿Dónde estarán esas miles de fotos ahora? En fin, en la **calle Real**, los dátiles eran munición para guerras infantiles y en su paseo mixto de tierra y baldosas he bordeado en la edad temprana eso que algunos llaman la felicidad.

En la **Plaza del Rey** sus bancos de piedra estaban envueltos en magníficos azulejos, y los niños salíamos del colegio a jugar al fútbol, hasta que un guarda intransigente, al que llamábamos **Hiro Pito**, ya imaginan el por qué del nombre, nos quitaba de manera sistemática la pelota, para general cabreo y frustración de la chiquillada. Hasta que un día, el famoso Hiro Pito encontró por fin la horma de su zapato... y creo que se tragó hasta el pito si no algo más. Eso ocurría de niños. De algo más mayores, se salía del colegio y había que **“galantear”**. Pero lo más curioso es que muchos chicos de Maristas, teniendo al lado el **Colegio de San Miguel**, se trasladaban hasta el colegio de las **Carmelitas**, mientras que a las chicas del Colegio San Miguel venían a cortejarlas los de **Franciscanos**; que ya son ganas de atravesar media Cartagena para esto del **“tonteo”**. Pero son cosas de la adolescencia, que hasta la propia palabra lo dice.

Lugares donde crecí, amé y viví. La **Plaza de San Francisco**, con sus espectaculares ficus. Allí, una vez, un animoso grupo de amigos que formábamos el **Pequeño Taller de Teatro** le hicimos un homenaje a **Isidoro Maíquez** y como colofón le depositamos al pie de su estatua un ramo de flores. El caso es que algún **bordesico** por la noche cogió el ramo y lo colocó en la mano alzada de la estatua, de tal manera que a la mañana siguiente Isidoro portaba con mucha gracia su propio ramo en no menos teatral apostura. Claro que mejor ser **icue bordesico** que ser un **queo**. Eso es lo último. Esto dice mucho del carácter del cartagenero. A veces me preguntan que cómo es el cartagenero. Pues suele ser generoso y hospitalario, honesto y trabajador, aunque siempre puede haber alguno que sea más gandul que el **Negro del Muelle**, o algún **singuango** que se encerrila y hay que llamarle la atención:

- **Desde luego hijico, tienes la follá en Canteras.**

Pero le distingue un humor algo ácido y una cierta ironía en su hablar no exenta de afecto sincero. ¿Y las cartageneras? Pues lo mismo, y además, son muy guapas. Sólo tienes que llevar cuidado con alguna **minsica** de esas que luego las mata callando.

Cartagenera es la luna
Cartagenero es el sol
Cartagenero es mi amante
Cartagenera soy yo

Guitarra y canciones en la **Cuesta de la Baronesa**, romanticismo en la **Muralla del Mar**, el sol de la infancia en el **Castillo de los Patos** y la **Plaza de España**; las excursiones a **Tentegorra**, al **Atalaya**, **Cala Cortina**... Hay tantas historias escondidas en estos lugares y tantos recuerdos que es imposible condensarlos ahora, porque todos ellos me asaltan a la vez y todos son entrañables. Pero cuando más entrañables se vuelven es en la **Semana Santa**. Cuando se ha vivido en Cartagena su Semana Santa, de verdad que resulta duro vivirla fuera. En Cartagena, antes de que se inicie la Cuaresma, antes de que produzca **“La Llamada”** ya **“se huele a capirote”**. Y los cartageneros ausentes ya sentimos

en nuestros oídos la marcha de los granaderos, el “**perico pelao**”, y los sones inconfundibles del **San Juan**. Y te estremeces, y recuerdas todas y cada una de las procesiones, todos sus tercios y tronos, su orden proverbial, su colorido y seriedad mezcladas con la luz y las flores que todo lo envuelven. Y las melodías de sus marchas que te traspasan el corazón. Y quisieras estar en la **calle del Aire** viendo salir los tronos de Santa María mientras cantan saetas, o sentado en una sillaca de la **calle Santa Florentina** mientras pasa la **Santa Cena**, o encaramado en cualquier banco para ver pasar **La Piedad**, mientras saboreas un rico “**sepulcro**”, ese largo caramelo con los colores y emblemas de las cofradías, que nos lo han copiado hasta en la China.

Son muchos los recuerdos y vivencias con la Semana Santa de trasfondo. La procesión casi medieval del **Cristo del Socorro** emergiendo de las ruinas de la **Catedral Antigua** y la primera salve cartagenera en la **iglesia de la Caridad**, que abre el día de nuestra patrona. Pero en especial recuerdo las noches del **Encuentro**. Primero, el **Cabildo de las Yemas**, que más reparto era un lanzamiento; así iniciaban los marrajos su Viernes Santo después de los pasacalles de granaderos y soldados romanos. Luego, en la **Pescadería** los aguerridos portapasos del **Jesús Nazareno** se echaban unos buenos tragos para iniciar la marcha con fuerza:

- ***Esta noche el Cristo va a volar.***

Y vaya si volaba. Al igual que **la Pequeñica**, que bailaba acompasadamente cuando al final se encontraba en la **plaza del Lago** con su hijo. La esquina del **Puerto Rico** era mi sitio preferido, no sólo por los cafés y el asiático (cuántas veces echo de menos esos asiáticos bien hechos, como Dios manda), sino por la situación estratégica para ver el Encuentro. Después, toda la procesión unida hasta **Santa María** hacía amanecer la ciudad entre luces encantadas y un estallido popular de fervor que atenuaba el cansancio de la noche. Pero también recuerdo con todo cariño todas las demás procesiones, que todas son especiales. Y todas las cofradías son importantes y sacan lo mejor de sí para maravilla de propios y extraños. Pero sin duda, una de las cosas que más caracteriza nuestra Semana Santa es el **San Juan**. Hay muchos tronos realmente bonitos y de gran valor artístico. Pero el de los santos, y en concreto el de San Juan, es realmente especial. **El trono cartagenero** sitúa la peana del santo muy alto, tan alto que la talla necesariamente se balancea al ritmo de la marcha desafiando el aire que agita su capa y su palma. Así lo describe certeramente **Carmen Conde**:

***Las músicas agitan
sus cabelleras de acentos conmovidos.
San Juan, adolescente ingrávido,
San Juan, acero fresco de luna.
¡Como huelen de brisas marineras
tus vestiduras claras!
Caliente, quemando mi pulso,
he sentido tu trono, San Juan.***

Y es que San Juan es una de las estrellas que más luce en este firmamento de la pasión. El San Juan y su marcha es de lo más esperado y celebrado. Y el **piquete de la Infantería de Marina**, otro tanto.

Como era de esperar, al final se me han ido entreverando todos los recuerdos y sentimientos y otras muchas cosas, las más, que seguramente me he dejado en el tintero. Pero antes de acabar, y como recomendación a los que por primera vez nos visitan en estas fechas, os digo lo siguiente:

No dejéis de probar las empanadillas y agujas, de carne y de pescado. La **confitería de Vicente Sánchez** en la calle del Carmen las hacía muy buenas, así como los pasteles (merengues, orejones, sevillanos) que, según mi abuelo, había que comerse como mínimo dos, porque **“con un pie solo no se anda”**. Y los **rollicos de San Antón** y los **cordiales**, y las **monas de bollo y de rollo**, que de las dos hay en Semana Santa y muy buenas, y un plato de **michirones** y un vino terroso y dorado del **Campo de Cartagena**. Y tantas cosas que no podéis dejar de ver de nuestra ciudad que está como nunca: pero como hoy es Jueves Santo y sale la **procesión del Silencio**, y no se puede gritar, os lo digo **“abonico”**:

Cartageneros y amigos que nos visitáis, volved y venid a Cartagena y admirad su historia y su cultura, sus gentes acogedoras y sus monumentos: El teatro romano, el Museo de Arqueología Submarina, la calle del Carmen, el puerto, los faros, el fuerte de Navidad, la calle Mayor y sus edificios modernistas, sus iglesias barrocas, la muralla bizantina, el Augusteum, el Decumano, el Parque Torres. Venid también a ver el Festival de La Mar de Músicas, el festival de Jazz, y el festival internacional de Cine, entre otros muchos eventos culturales, además de las fiestas de los Cartagineses y Romanos. Y el año que viene, si queréis ver jugar al Real Madrid o al Barcelona, id sacando entradas en el estadio Cartagonova, porque el **Efesé** estará en Primera División. ¡Ahí es nada!

Y por último, y deseando que los californios no se recreen demasiado y que a los marrajos no nos llueva como siempre, y bajo la mirada protectora de la Virgen de la Caridad, quiero deciros muy fuerte y con el corazón que **¡Viva Cartagena!**

Muchas gracias.

Bartolomé Nieto Munuera